

Reflexiones sobre un Congreso

JOSÉ RODRÍGUEZ MEDINA

En el marco atrayente de Toledo y en los locales del Seminario tuvo lugar del 28 de agosto al 2 de septiembre de 1972 la *V Semana de estudios sobre problemas actuales de teología*. La semana fue organizada por la Comisión Episcopal para la doctrina de la fe. Su presidente, don Laureano Castán Lacoma, obispo de Sigüenza, presidía con otros prelados las sesiones generales del Congreso y se preocupaba también de algunos pormenores relativos a su marcha.

El conjunto comprendió 13 conferencias, el discurso de clausura del Sr. Arzobispo de Toledo y algo de tiempo —más bien escaso— para los trabajos por grupos y para la lectura pública de sus resultados. Los ponentes fueron, al menos la mayor parte de ellos, personalidades muy conocidas en el campo de las diversas ramas de la Teología: Mondin, Pozo, Coppens, Villalmonste, Becker, Aldama, Galot, Cardona...

Mi intento en esta breve nota se limita a ofrecer algunas reflexiones críticas y a invitar al lector a pensar sobre la significación de un congreso de teología, hoy, en España.

1. Fueron positivas todas las intervenciones del Padre Galot, profesor de la Universidad Gregoriana. Nos ofreció un bosquejo sobre la situación actual de la cristología dentro del campo católico. Hizo una buena síntesis de las posturas avanzadas en cristología por algunos teólogos, particularmente holandeses.

Apareció claro de su exposición que muchas de esas posturas son inaceptables desde la óptica católica. Llama la atención el esfuerzo de esos católicos por racionalizar la fe con el fin de hacer asequible a la comprensión del hombre moderno la realidad de Cristo. Nos encontramos en un momento parecido al que atravesó la Iglesia en los primeros siglos: la dificultad del misterio de la Encarnación llevó entonces como ahora a algunos escritores a simplificar la realidad de Cristo, reduciéndolo ya a su ser divino, ya a su realidad humana.

Hoy nos hallamos frente a un fenómeno de reducción antropocéntrica (cfr. la conferencia de Alejandro de Villalmonste). Por una parte, la necesidad de comprensión e inteligibilidad para el hombre; y por otra, la dificultad de admitir el hecho misterio-

so de Dios-Hombre, terminan por reducir a Cristo a una realidad puramente humana, a un hombre superior en quien Dios se ha manifestado de modo extraordinario, más que en cualquier otro hombre. Con esta óptica, carece de sentido, naturalmente, el misterio de la virginidad de María tal como tradicionalmente lo ha creído y presentado la Iglesia (1.^a Conferencia de Coppens). Cristo nacería como los demás hombres de la unión conyugal de María con José y su nacimiento como realidad biológica nada tiene de extraordinario ni de milagroso.

Es interesante anotar aquí la coherencia del fenómeno a que estamos asistiendo: en todas las esferas en que el hombre se mueve —cultura, técnica, literatura, economía— se subraya la horizontalidad de la existencia humana. El hombre está vuelto sobre sí mismo, su ser, su existir, su evolución, su felicidad. En este clima, ciertos valores que en otro tiempo expresábamos abriendo inmediatamente la mirada y corazón a la persona misma de Dios, ahora los referimos directamente o al menos primariamente al hombre. Así la oración no es tanto contacto personal con Dios cuanto apertura al hombre; la caridad es más bien filantropía que amor personal a Dios, los milagros no son realidades extraordinarias y objetivas en sí mismas sino hechos simbólicos que significan intenciones salvíficas respecto del hombre, etc... En esta lógica, de Cristo sólo interesa su aspecto humano, nuestro hermano Cristo, porque Dios no existe (cfr. la conferencia de Mondin sobre la Teología de la muerte de Dios).

Galot, además de criticar y debelar las actuales desviaciones de la cristología, nos presentó también una cristología en cierto modo nueva, abierta, más realista, que toma en serio y con todas sus consecuencias el hecho teológico de que Cristo es realmente hombre. Es muy posible que bastantes de los oyentes, en su mayoría de edad proecta, quedaran contrariados por las afirmaciones de Galot en relación, v. gr., con la conciencia humana de Cristo, sus ignorancias y sus tentaciones incluso sexuales como hombre igual que nosotros en todo, salvo en el pecado.

2. *¿Qué signo ha tenido esta V Semana de Teología?*

El resultado de la Semana ha sido positivo. Los ponentes eran en su casi totalidad verdaderas personalidades dentro del ámbito teológico actual. Una de las cualidades de las ponencias fue su claridad. En este aspecto mereció especiales aplausos la intervención en perfecto castellano del alemán J. J. Becker, profesor de la Universidad Gregoriana. El público admiró la seriedad de su intervención y la lógica contundente al exponer su tema: *La discusión sobre la reinterpretación de la fe*; de igual modo la intervención del Padre J. A. de Aldama sobre *El culto a María; su fundamento y la actual crisis*, y también su segunda ponencia

sobre el *Pluralismo teológico y pluralismo dogmático*. Transparente fue también la conferencia del sacerdote profesor Cardona de la Universidad de Navarra, si bien esta conferencia más que una ponencia para un congreso de teología del siglo xx fue un juego malabárico y anacrónico, por sabidos, de conceptos escolásticos que hubieran caído mejor hace media docena de siglos o en un congreso de filosofía escolástica.

A esta claridad era muy sensible este público como lo manifestó en su forma de aprobar las conferencias y en los comentarios de pasillos.

3. El conjunto me dejó, con todo, cierto mal sabor de boca. Las conclusiones parecían demasiado claras o, más exactamente aún, en toda la trayectoria del Congreso faltaba lo que podríamos llamar cierta óptica o vena pastoral que quizás hubiese complicado las cosas pero les hubiese trazado un realismo más auténtico. Ha faltado a los ponentes esfuerzo o capacidad para adentrarse en la mentalidad moderna y tomar conciencia de la dificultad del hombre de hoy para comprender, verbalizar y definir los misterios de nuestra fe. Esta falta de preocupación o dimensión pastoral la apuntaron los mismos congresistas cuando resumían los trabajos llevados a cabo en sus respectivos grupos, al caer de la tarde.

Dos ejemplos pueden aclarar esta reflexión crítica: la conferencia del Padre Aldama sobre *El culto a María; su fundamento y la actual crisis* y la del Padre C. Cardona sobre *La jerarquía de las verdades, según el Concilio Vaticano II*.

Para el Padre Aldama estaba muy claro que toda la crisis mariológica actual tiene signo meramente vertical: es una crisis de arriba abajo; proviene de los teólogos y de los sacerdotes que proyectan sus crisis personales sobre el pueblo cristiano. Este, propiamente, no está en crisis. Sigue dirigiéndose a la Madre de Dios como siempre, no obstante la crisis de sus pastores y teólogos. Se objetó al Padre Aldama su afirmación tanto en las reuniones vespertinas públicas como en conversaciones particulares. El seguía convencido y seguro de su posición.

Opino que el problema es más complejo. Ha habido en la Iglesia expresiones marianas de culto mal enfocadas, aberraciones, falta de seriedad en los contenidos de la oración y formación de nuestro pueblo, presentaciones poco serias del misterio de la Madre de Dios, reducciones excesivamente antropomórficas de la Madre de Dios... que han producido en el Pueblo de Dios, particularmente en los cristianos capaces de cierta reflexión crítica, una verdadera crisis en su devoción mariana. Guardini lo afirmaba ya hace muchos años en su escrito dirigido a las autoridades romanas en defensa del movimiento litúrgico. Quizás sin darse cuenta de ello, el propio Padre Aldama lo reconoció indirectamente al

responder a esta pregunta que le formuló un congresista: «¿Se ha dado esta crisis también en la Iglesia ortodoxa?». El Padre Aldama respondió que creía que no. Y la causa, a nuestro entender, estriba en que las aludidas desviaciones sobre el culto mariano en la Iglesia de Occidente no se han dado en la Iglesia ortodoxa, porque aquí el culto mariano se ha vinculado directamente al culto litúrgico y salvaguardado por él.

El tema relativo a la *jerarquía de verdades*, del Padre Cardona, se prestaba como el que más para una presentación teológica con dimensión ecuménica y pastoral sobre el comportamiento de los predicadores y teólogos frente a la diversidad de importancia de las verdades y la interrelación que debe respetarse en su presentación. Es un hecho insoslayable que al establecer un diálogo pastoral, máxime el ecuménico, tanto el teólogo como el pastor necesitan criterios que le orienten sobre ciertos énfasis o acentuaciones entre ellos, de tal modo que los artículos mayores o más importantes de nuestra fe resplandezcan sobre los menos importantes. Algunos criterios sobre este particular hubieran sido precisos a la mayoría de los asistentes, en su casi totalidad hombres con responsabilidad pastoral.

El ponente se remontó a las nubes y habló de las categorías esenciales de la verdad, fundadas últimamente en Dios, primera verdad... y no se salió de unas cuantas preciosidades terminológicas, por lo demás conocidas de todos los asistentes, hombres que recibieron formación estrictamente escolástica, si juzgamos por su edad media, bastante avanzada.

Como tónica general notamos faltar a todas las conferencias y al clima general de esta semana el enfoque, la preocupación, la nota, la inspiración pastoral que hoy no debiera faltar en ninguna exposición teológica. Faltó caer en la cuenta de que a hombres encargados de la predicación de la palabra, el hombre de la calle exige no sólo claridad de ideas, ortodoxia doctrinal en su predicación, corrección ideológica en los términos... sino esfuerzo por interpretar la fe con categorías humanas y adaptadas a nuestro tiempo. Con cierto malhumor lo expresaba un congresista en una conversación de pasillo: «En el ambiente ecuménico en que yo trabajo, la conferencia de Cardona sobre la jerarquía de las verdades... no me sirve para nada».

4. Una reflexión última. En esta V Semana se ha notado la falta casi total de jóvenes. Esto es significativo si se tiene en cuenta que la edad media del clero español es quizás la más baja entre todos los cleros europeos. Los jóvenes no se han sentido atraídos por este Congreso. Los mismos organizadores han tomado conciencia de ello como consta en la hoja cuestionario que se distribuyó al final con el fin de sondear la opinión pública. ¿Se deberá a la falta de ponentes jóvenes? ¿A la ausencia de idea orgánica

y bien definida en el programa? ¿A la ausencia de objetivos claros? ¿A las conocidas afinidades integristas de algunos de los organizadores?

Los signos externos de la asistencia —v. gr. mayoría desproporcionada de hombres con sotana, ciertos escrúpulos demasiado jurídicos a la hora de la oración y celebración litúrgicas...— indicaban bastante paladinamente que esta V Semana interesaba de modo muy particular a un solo tipo de hombres de la Iglesia española con mentalidad y criterios bien definidos. Pareció un congreso para la defensa de la ortodoxia y conservación de la fe más bien que un conato de búsqueda creativa de la situación en que fe y mundo se encuentran y de interpretación para ese mundo de la realidad de nuestra fe.